

Las joyas del deseo *

Por
Priscilla Dean



25 cénts.

BIBLIOTECA TREBOU
Publicación semanal

Núm. 108

POWELL, Paul

BIBLIOTECA TREBOL

Jewels of Desire, 1926

Las joyas del deseo

NOVELITA CINEMATOGRAFICA

Protagonista

Priscilla Dean



REDACCION Y ADMINISTRACION
París, 204 - BARCELONA

LAS JOYAS DEL DESEO

CAPITULO PRIMERO

En la ciudad de Joinsville y en los barrios extremos, apenas urbanizados, hállase la imensa y acreditada fábrica de los Hermanos González, "La Prosperidad", y junto a ella, aunque separada por frondoso y aromático jardín, la señorial morada del mayor de ellos, don Justo, principal dueño de aquélla, pues es propietario de las dos terceras partes. En aquella casa todo es confort, buen gusto y orden.

Corrían los días de un invierno crudísimo, poco común en aquella región; una copiosísima nevada había caído durante la noche cubriendo por completo la ciudad y prohibiendo, casi en absoluto, su movimiento comercial y hasta la vida ciudadana, pues sus habitantes, recluidos forzosamente en sus domicilios, apenas sí daban señales de vida.

Sin embargo, en la lujosa finca de don Justo todo era actividad desde las prime-

Las joyas del deseo

MONTAÑA CINEMATOGRÁFICA

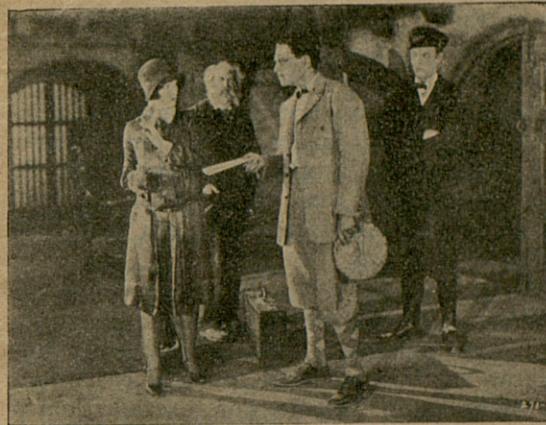
Biocellis Deseo

EDICIÓN Y DISTRIBUCIÓN

Imp. SABATE.-Arribau 206
Teléf. G. 1545-BARCELONA

ras horas de la madrugada. Las inmensas naves de la fábrica que a tales horas eran atronadas diariamente por el ingente estruendo de la potente maquinaria que articulaba su potente movimiento productor, permanecían silenciosas y desiertas. ¿A qué se debía tal anormalidad? ¿Qué suceso la producía? Motivábalo tal vez aquel fenómeno atmosférico con que la naturaleza había determinado la casi paralización del tráfico urbano, que la generalidad de los madrugadores contemplaba entre extrañados y satisfechos a la vez, por el extraordinario espectáculo que producía.

Nada de esto. La llegada de multitud de coches, todos ellos con invitados; la actividad febril conque una numerosa brigada de obreros, armados de palas y picos, quitaba la nieve de los andenes del jardín y la explanada, sita frente a la entrada del edificio; la llegada de los empleados de la fábrica, todos vistiendo sus mejores ternos, y la etiqueta de los señores, que en lujosos coches allí se dirigían, indicaba bien a las claras, que un acontecimiento, quizá tan extraordinario como la nevada, lo motivaba: y así era, puesto que se casaba don Justo, el acaudalado comerciante, que ya todo el mundo dudaba se decidiera a dar tal paso, después de haber cumplido, con creces, los treinta y cinco años.



La emoción de Araceli fué extraordinaria cuando le entregaron una citación...

También el público, aunque no muy numeroso, hizo acto de presencia, agrupándose frente a la puerta del jardín y junto a la verja inmediata a ésta. A medida que avanzaba la mañana, engrosó, arrostrando a pie firme la inclemencia de la temperatura, contenido por una pareja de guardias municipales y varios obreros. A los empleados de la fábrica y vecinos conocidos se les permitía el acceso al jardín, agrupándoles, no sin alguna dificultad, bajo la gran marquesina y el vestíbulo de

la entrada, ya que el gran número de invitados ocupaba casi por completo las dependencias de la casa.

Se encendieron enormes hogueras, dentro y fuera del jardín, para contrarrestar en lo posible, la glacial temperatura de aquella mañana casi polar; pero aun así, la estancia en la intemperie era peligrosa y hasta molesta.

Y, ¿con quién se casaba el mayor de los hermanos González? He aquí una pregunta a la que muchos de los presentes no hubieran sabido contestar; pués el casamiento había sido llevado con extraordinario sigilo, y contados eran los que sabían que la novia no era otra que la hermosa Araceli Arenal, la que hasta hacía pocos días había sido taquígrafa mecanógrafa de la fábrica "La Prosperidad".

Incesantemente llegaban vehículos; en algunos de estos llegaron varios padres y algunos de éstos llegaron varios padres y el pastor, y hacia las seis y media, por fin, llegaron los tres últimos coches, que por el murmullo levantado por su presencia y porque inmediatamente se dejó franco acceso al público, que en tropel invadió el jardín, supuso la gente formaba la comitiva de la afortunada mujer que iba a ser la esposa del millonario.

En efecto, en el segundo coche, en un

magnífico landó tirado por dos briosas yeguas negras con blancos arreos enjaezadas, iba la novia, graciosamente ataviada de blanco, acompañada de dos señoritas y un caballero, todos ellos vestidos de negro. Su presencia fué recibida con un cerrado y resonante aplauso, y la apiñada multitud, congregada a la puerta de la quinta, abriéoles ancho paso, por el que cruzó la comitiva nupcial entre los aplausos del público y los respetuosos saludos de los obreros, que gorra en mano, se inclinaban al paso de la novia.

Araceli, caminando con paso firme y prodigando saludos y sonrisas entre la apiñada multitud, que en ella fijaba curiosamente los ojos, penetró en el edificio, entre nuevos aplausos y vítores.

Iba pálida y parecía bastante preocupada, lo que la gente advirtió a pesar de la sonrisa que asomaba a sus labios rojos y aparentando denotar satisfacción.

Se trataba de un tipo señorial de regio empaque a pesar de su humilde condición, más pronto alta que baja; escultural toda ella, de pronunciadas y severas facciones y de una simpatía atrayente a pesar de la severidad de su rostro, encuadrado por abundante cabellera de ébano.

Nutridísima orquesta, apostada en un salóncito inmediato al gran salón, convertido



—¡El cofre! ¡Han violentado el cofre!

provisionalmente en oratorio, interpretó un alegre paso doble a su llegada, y a los pocos momentos y durante la ceremonia religiosa ejecutó una sinfonía de Beethoven. Después de las ocho y media de la noche, y a los acordes de una sonora marcha nupcial, abandonaban la casa los nuevos esposos, seguidos por interminable cortejo de carruajes, todos ellos abarrotados de invitados, entre aclamaciones de júbilo de la gran multitud que llenaba aquella parte del jardín, con dirección a la estación, en el mismo landó en que hizo su llegada la novia.

Pocos momentos después abandonaban la capital.

Tantos viajes de esta clase se han descrito que poca novedad podría ofrecer al lector o a la lectora el que nos ocupa; digamos sólo que duró no menos de un mes, al cabo del cual, la joven pareja regresó a Joinsville instalándose de nuevo en la suntuosa finca contigua a la fábrica "La Prosperidad".

CAPITULO II

Al regreso del, al parecer, feliz matrimonio, ninguna de las costumbres establecidas cambiaron en aquella casa, a excepción de lo que necesariamente hubo que modificar, por efecto del nuevo régimen que imponía las circunstancias.

Ahora don Justo comía en casa casi siempre y por las noches se retiraba algo más temprano. Pero muy raras eran las veces que salía con su mujer y sí muchas, en cambio las que le venían a buscar una serie de amigotes para llevárselo al casinò, a jugar, según decían, unas partidas de carambolas, mentira que Araceli acogía con escéptica sonrisa, mas sin atreverse a protestar, temerosa de que aquella su felicidad en peligro no desapareciese a la menor imprudencia, definitivamente y para siempre como empezaba a temer.

Don Justo se había casado sin sentir otra cosa que una extraordinaria admiración por la radiante belleza de Araceli. Más ¡ay que la dicha cifrada únicamente en el amor material se esfuma como nube de verano al contacto de los rayos del sol! Bien pronto, el opulento fabricante empezó a recordar con nostalgia sus amistades y francachelas de soltero, y disminuyeron sus asiduidades cerca de la mecanógrafa, prolongándose, en cambio, sus salidas nocturnas. Certo que tenía al menos el pudor, para cubrir las apariencias, de no entrar nunca por la puerta principal, sino por una que utilizaba el servicio y que recaía a un callejón de poco tránsito.

Pero poco a poco, el sereno exterior de la fábrica, que era el encargado de recibir al señor a la entrada de la calle y abrirle la verja, fué advirtiendo que don Justo llegaba cada noche más tarde, como igualmente advirtió que otra persona, no tan expuesta como él a las inclemencias del tiempo, que con resignación y gran entereza soportaba, debía hacer considerables esfuerzos para que no percutiesen al exterior los amargos sollozos con que acogía a su desafecto esposo, a quien, en su ingenuidad de provinciana, había entregado por entero el corazón, tomando por palabras de amor y cariño verdadero lo que



—¡No es posible —decía Araceli— que sea cierta semejante acusación!

en don Justo no había sido otra cosa sino insana pasión material.

Araceli, era la hija mayor de un alto empleado oficial, esclavo sumiso y fiel de la familia de los González, a la que debía cuanto era, y, por lo tanto, poderoso instrumento de sus manejos cerca de las autoridades, al servicio, no del Estado, de quien dependía y que le abonaba el sueldo, sino de los magnates poderosos que imponían por doquier su despótica voluntad.

Araceli, como Mary, su hermana menor y la madre de ambas, eran mujeres sumisas y resignadas, y nada digamos del hombre, como buen burócrata, que aconsejaba la templanza y la contemporanización como panacea universal a todos los males. Cuando Araceli, en el dolor de su desencanto, acudió a lamentarse de su desdicha, todos le aconsejaron a coro resignación, y si no se marchaba pronto de aquella casa, tal vez al final la acusaran de inhábil y le echasen las culpas de todo lo sucedido. ¿Qué más quería ella? ¿Acaso le faltaba dinero, joyas, distracción, servidumbre, confort...?

¡Qué entendían sus padres de amor y de felicidad, palabras que les sonaban a necia vacuidad, ni podían comprender el sacrificio de aquella mujer! Ellos se habían casado sin pasión, sencillamente porque el marido hacía tiempo que estaba cansado de tratar con patronas y la esposa, a los veintiocho años, estaba todavía para vestir santos. Y, en cuanto a Mary, muchachita insignificante y que rabiaba por tener novio, sólo supo esperar, a guisa de colofón a aquella escena, las siguientes palabras:

—Mira, Araceli: cuando se es joven y guapa como tú—y recalcó esta última palabra con visible y mal contenida envidia

—;si el marido te falta, es porque túquieres o le dejas!

Salió Araceli de aquella casa conteniendo sus sollozos ante el poco consuelo que había hallado, y dispuesta a no volver más allí. Pensó un momento en que tal vez tenían razón y quiso ser más tolerante, más resignada, más sufrida que nunca. Pero toda la buena voluntad de la joven, la santidad de sus propósitos y el abnegado sacrificio que estaba dispuesta a hacer, no fueron suficientes para conseguir lo que se había propuesto, que era reconquistar su perdida felicidad. Ella proponía una cosa y don Justo realizaba otra, precisamente porque se la proponía quien, aunque digna y dotada de todos los encantos necesarios para hacerse obedecer, no era la mujer que él soñara para ser reina de su corazón. El nunca pensó en el matrimonio, que siempre miró con prevención y recelo, y de ahí que le resultase una carga insoportable, abrumadora, y un serio obstáculo a la consecución de sus inclinaciones de selvática libertad, y de constante variación de su vida agitada, llena de abrumadoras obligaciones, apenas si le dejaban libre el tiempo para comer.

A los cuatro meses de matrimonio, quedó Araceli en cinta, y la ilusión de la maternidad mitigó un poco el dolor de su



Estaba Araceli más arrebatadora que nunca...

corazón. Don Justo refrenó un poco sus ímpetus de noctámbulo empedernido, hasta que llegó el nacimiento del heredero, acontecimiento extraordinario por lo inesperado, pues ya todo el mundo creía que no llegaría nunca tan fausto suceso, dado el alejamiento moral que entre ambos esposos existía.

El bautizo festejóse de una manera inusitada, con un día de fiesta en la fábrica y una abundante comida, donde nada escaseó, y hasta el champagne se consumió sin limitación alguna.

El rico fabricante sintióse satisfecho y hasta orgulloso de tener sucesión, lo que dió motivo a que durante los primeros meses continuase metodizando su vida, más llegó un día en que se le propuso por sus amigos políticos presentarse en las próximas elecciones su candidatura para concejal, cosa que le pareció de perlas, y esto dió lugar, con sus consultas y trabajos electorales indispensables y necesarios en tales casos, a volver a su ya casi abandonada vida de noctámbulo, e incluso a abandonar algunas de sus ocupaciones diurnas, hasta el extremo que don Julián, su hermano, encargado solamente de los servicios mecánicos y técnicos, hubo de asumir la dirección del negocio, que en las manos de don Justo amenazaba derrumbarse por negligencia y abandono.

Al hacerse cargo don Julián de todos los asuntos y ante una lamentación formulada por Araceli, que nuevamente se veía postergada y abandonada por su hermano, que había llegado a pasar las noches fuera del hogar propio, requirió a ésta a una conferencia, que se celebró en el despacho: En ella su cuñado, sin aprobar, ni mucho menos, la absurda y poco recomendable conducta de su hermano la hizo comprender que ella no debía consentir un momento más lo que ocurría, terminando su incon-

dicional sumisión a la caprichosa voluntad de don Justo.

Las aptitudes persuasivas y el don de gentes de don Julián, determinaron el milagro de abrir los ojos y convencer a Araceli del error en que vivía y de lo absurdo de su situación, tan poco digna y airosa, y logró de la joven la promesa formal de que desde aquel momento recobraba su independencia y su dignidad, costase lo que costase, terminando para siempre su vergonzosa tolerancia y contando con el decidido apoyo de don Julián, todo ello en beneficio de los sacratísimos intereses de su hijo, constantemente mermados y amenazados y quizá en aras de su felicidad matrimonial.

El sacrificio iba a revestir los caracteres de una verdadera heroicidad, pues pudiera ser que hasta con su propia familia se vería obligada a indisponerse, como así ocurrió, cosa de antemano presentida por don Julián, pero a todo se allanó Araceli, y el pacto de resistencia y lucha quedó convenido entre los cuñados.

El famoso rompimiento costó a Araceli una serie inacabable de disgustos que llegaron a poner a prueba su energía y hasta su voluntad, porque incluso en su dignidad se vió discutida primero y arrastrada por el suelo luego. Se la calumnió infamemen-



—*¿Cree usted —dijo Araceli— que podremos capturar a Pancho Jims?*

te y hasta se hizo llegar a conocimiento de su marido la especie de que su alianza con don Julián no tenía otro origen que los celos de éste, enamorado en secreto de Araceli.

Y como es axiomático aquello de que “de calumnia algo queda”, el trabajo de zapa que supieron utilizar con habilidad algunas almas piadosas dió su fruto, y el rompimiento entre los esposos no se hizo esperar, ni el choque entre los hermanos, que no alcanzó las proporciones que eran

de temer, gracias a las ecuanimidad y acri-solada honradez de don Julián; pero los hermanos vivieron durante algún tiempo sin saludarse ni dirigirse para nada la pa-labra, haciéndolo para asuntos del negocio, por mediación de un apoderado previta-mente nombrado.

CAPITULO III

El divorcio entre don Justo y Araceli seguía su tramitación, cuando un aconteci-miento inesperado vino a interrumpir trá-gicamente el curso de los hechos.

Cierta madrugada fué hallado ante su finca el cadáver de don Justo con una he-rida a la altura del corazón, producida por arma de fuego.

La emoción que causó aquel suceso no es para descrita y la maledicencia hizo recaer las sospechas inmediatamente sobre don Julián.

Araceli que, desde la separación, se ha-bía retirado a vivir a casa de Lucy, una amiga suya de infancia, recibió con la emoción que es de suponer la fatal noticia. Precisamente en aquellos momentos se dis-ponía a salir de viaje. Pero fué mayor su emoción cuando un empleado del juzgado

acudió a hacerle entrega de una citación para que compareciese a declarar.

Corrió a presentarse ante el juez y este delegó a dos oficiales de la secretaría en funciones, para que, junto con Araceli, se personaran en la finca que había sido hogar matrimonial de ella y de don Justo y prac-ticasen en ella un registro detallado.

Efectuóse éste y en el momento en que la joven acababa de penetrar en una de las habitaciones, un grito se escapó de sus labios:

—¡El cofre! ¡Han violentado el cofre!

En efecto, en el fondo de la habitación hallábase un enorme cofre donde Araceli guardaba, entre otras cosas, las joyas que le había regalado su difunto esposo al ca-sarse con ella. El cofre estaba abierto y faltaban las joyas.

Un detalle curioso: al lado del cofre se hallaba una vela encendida casi acabada de consumir.

De aquél hecho podía deducirse una im-portante consecuencia: el robo se había cometido de noche y los ladrones habían juzgado útil no hacer uso de la electricidad.

Por la tarde la policía practicó un regis-tro en la casa de don Julián: El resultado de aquella diligencia no pudo ser más sen-sacional, pues en ella se hallaron las joyas robadas.



Tres individuos sospechosos estaban vaciando una caja...

Aquel golpe teatral debía tener lamentables consecuencias.

En vano quiso justificarse don Julián: ¿Con qué objeto había él robado aquellas joyas, millonario como era?

Pero el juez dejándose llevar por las apariencias halló una deducción, que le pareció digna de un rival de Sherlook Holmes: Don Julián, obsesionado por el amor que afirmaba la maledicencia, sentía por Araceli, había ido a robar las joyas para tener en su poder un recuerdo de la mujer

amada y, al salir de la finca, había sido sorprendido por su hermano a quien había asesinado.

La conclusión pareció lógica; comenzó el sumario, los periódicos llenaron columnas y más columnas sobre el asunto y el proceso de "Las Joyas del Deseo" llegó a ser el plato fuerte de la información de los rotativos neoyorquinos por espacio de varias semanas.

Juzguen nuestros lectores la inmensa pena de Araceli al enterarse de la detención, procesamiento y prisión del único defensor que le quedaba.

—¡No es posible!—decía a Eilsen, la madre de la amiga en cuya casa vivía—. ¡No es posible que esa acusación sea cierta!

Pero los días pasaban, y cada día era más firme el convencimiento de las autoridades de que don Julián era el autor del abominable crimen.

CAPITULO IV

Araceli, alma pura e ingenua, halló consuelo a sus penas en la caridad que practicaba desde el momento de la separación. Su única y constante preocupación fueron los desvalidos, entre los que repartía una parte de su pensión que le había corres-

pondido al fallarse el divorcio. Diariamente penetraba en el hogar de los necesitados, repartiendo entre ellos socorros y dulces palabras de consuelo, prefiriendo en todo momento a los obreros de la fábrica que desde aquel momento tuvieron en ella un ángel tutelar, y por sus propios ojos se enteraba en cada caso de las necesidades de cada uno de los hogares.

Aun en esta sublime ocupación tropezó, en más de una ocasión, en la implacable felonía del odioso y cruel murmurar de la gente, que no pudo perdonarle nunca la santa rebeldía que la dignificó ante los hombres de buena voluntad. Pero todo fué inútil. Contra la irreductible voluntad de Araceli, dispuesta al sacrificio más sublime, se estrellaron cuantas tentativas se hicieron.

Cierta mañana, en la fábrica de los hermanos González, ocurrió un grave accidente. Un obrero fué alcanzado por una máquina resultando gravemente herido, Araceli, al saberlo, corrió a la clínica donde se le asistía, y solicitó entrevistarse con el director.

Era éste un joven facultativo, llamado German Mors, muchacho noble y de buenos sentimientos que recibió a la joven con afabilidad y tacto exquisitos.

Estaba nuestra protagonista más hermo-

sa y más arrebatadora que nunca. Su esbelta figura que había ganado algo de robustez, con el encanto de la maternidad, silenciosa y majestuosa como triste y solitaria sombra entre la floresta de la vida. Su rostro siempre pálido, velado por extraña expresión melancólica, era más atrayente y más simpático, y su juventud y su distinción la habían convertido en un ser adorable, casi idílico.

—Pase usted, señora—dijo el doctor cuando la vió en el dintel de la puerta.

Avanzó Araceli y contó al joven al joven doctor el objeto de su visita: Ella deseaba que el obrero lesionado recibiera allí la mejor asistencia posible, comprometiéndose ella a abonar todos los gastos. Entre aquellos dos seres nació instintivamente una abundante simpatía, que creció por parte de Germán, cuando supo la desgraciada historia de la joven.

Pasaron los días. Con frecuencia, ambos jóvenes se veían y una mañana, al llegar Araceli a casa de uno de sus desvalidos protegidos quiso la casualidad que se encontrasen frente a frente. Asistía Germán a aquel enfermo, que ella por primera vez visitaba, también obrero de la fábrica, como médico de cabecera, y el recuerdo de la destruída felicidad, en medio de su desesperante desgracia, hizo revivir en el cora-



*Pero los bandidos se dieron cuenta de que
habían sido descubiertos...*

zón de aquella desgraciada mujer, desgraciada y humillada, algo extraño, que de momento, contuvo su natural emoción y puso potente freno al desbordamiento de su instinto.

Hubo entre ambos el natural cambio de impresiones en tales casos y Germán, más osado e impulsivo que ella se atrevió a musitar muy bajito:

—Desearía que usted me concediera el honor de un pequeño dialogo sobre cierto doloroso asunto que no ignoro cuanto la ha apenado.

—Si usted lo desea así, ahora mismo—repuso Araceli.

—Con mucho gusto.

Interrogóla Germán Mors. Su deseo era saber en qué estado se hallaba el precese de don Julián González. Desgraciadamente las cosas andaban por muy mal camino y ahora incluso se pretendía complicar a Araceli en el misterioso crimen.

—¡Oh!—dijo Araceli cuando hubo terminado su relato.— ¡Salve usted si puede a mi pobre cuñado! ¡Yo sé que él es inocente, y nada puedo hacer por él! ¡Vivo tan desamparada!

Germán no pudo contener su emoción ante aquellas palabras.

—¡Jure usted que no le ama!—exclamó, cogiéndola con pasión por las manos.

—¡Oh, sí!—contestó ella.— Yo le amo; pero no como usted se figura: Le amo como a un hermano, porque él ha sido el único que, desinteresadamente, me ha defendido contra todas las asechanzas. Deseo su salvación porque él es bueno y noble y, ¡le estoy tan agradecida!

—Araceli—dijo entonces el doctor—, yo haré todo cuanto esté a mi alcance para conseguir lo que usted desea. Pero, ¿si vuelvo triunfante, volveré seguro de conseguir su amor?

Araceli no contestó, pero el rubor que

inundó sus mejillas dijo bastante elocuentemente a Germán lo que éste deseaba saber con tanta ansiedad.

CAPITULO V

A la mañana siguiente Germán se presentaba en casa del juez, provisto de una carta de recomendación, y sostenía con él una conversación con él en extremo interesante:

—¿Han sido examinadas las huellas dactilares de las joyas robadas? —preguntó.

—¡Hombre! —contestó el juez. —Pues, mire, no se nos había ocurrido!

Realizóse aquella importante diligencia. Germán no se había equivocado: Las huellas no coincidían con las de don Julián; y sí con las de un peligroso bandido en rebeldía en aquellos momentos, llamado Pancho Jims.

—Yo me encargo de capturar a Pancho Jims —replicó el doctor Germán.

Lleno de alegría corrió en busca de Araceli y le contó su entrevista con el juez.

—¡Se salvará don Julián! —le dijo. —Si podemos capturar a Pancho Jims y logramos hacerle cantar, la victoria es nuestra!

—¿Y cómo se consiguirá la captura de ese bandido?



—¡Está allí, detrás de esos árboles! —dijo Buck Mors.

—Usted y yo, junto con mi padre y mi amigo John Hunter, dueño de un rancho que hay cerca de los lugares, donde se asegura se oculta ese bandido y su cuadrilla, iremos en su busca.

Todos los temores, todas las dudas de Araceli, se desvanecieron ante el solo pensamiento de que en aquel momento se jugaba definitivamente la vida de don Julián.

—Está bien —contestó la joven. —Iré con usted. Estoy a sus órdenes.

Al siguiente día, Buck Mors, padre de

Germán, éste y Araceli, tomaban el ferrocarril y se encaminaban a White Falls, lugar donde se hallaba enclavado el rancho de John Hunter, a quién el joven doctor había prevenido ya telegráficamente de su llegada.

Hunter, que era un viejo vaquero, muy simpático, los acogió con la mayor afabilidad.

—¿Cree usted—le preguntó Araceli—que podremos dar con Pancho Jims?

—Pancho Jims es un bandolero muy peligroso—contestó el viejo vaquero, moviendo la cabeza de un lado para otro, como queriendo indicar que la captura era muy difícil—, y no caerá así como así en el garlito.

Tras unas breves horas de indispensable descanso, los cuatro personajes salieron a dar una batida por la llanura.

La suerte favoreció a nuestros protagonistas, pues, tras muchas pesquisas, lograron descubrir, a lo lejos, a tres individuos sospechosos que estaban vaciando una caja.

—¡Son Pancho Jims y dos de su cómplices!—dijo Hunter—. ¡Los conozco! Sin duda están revisando el botín de algunos de sus saqueos!

Pero los bandidos velaban y, dándose cuenta de que habían sido descubiertos, se dieron precipitadamente a la fuga.

En vano los persiguió Germán, pues no tardaron en perderse de vista.

—No han podido ir muy lejos—afirmó John Hunter—, vamos mientras tanto a ver lo que contenía la caja que estaban examinando con tanto interés.

Pero la caja contenía sólo unas copas y unas botellas vacías.

—¡Ah!—exclamó Buck Mors—. ¡Esa gente negocia, seguramente, en el contrabando de alcohol!

Hunter dejó a sus compañeros para ir a buscar a su caballo, al que había dejado atado junto a un árbol. Pero a los cinco minutos, un frito agudo se escapó de sus labios:

—¡A mí! ¡A mí!—exclamó.

—¡Corramos!—gritó Buck Mors—. ¡Está ahí, detrás de esos árboles!

Veloz como el pensamiento, precipítose Germán en aquella dirección y no tardó en llegar al lugar donde se hallaba Hunter.

El espectáculo que se ofreció ante su vista no pudo ser más emocionante:

El viejo vaquero luchaba a brazo partido con Pancho Jims y sus dos secuaces.

Rápida, Germán, se arrojó sobre Pancho y comenzó entre ambos una lucha horrible.

Pugnaba el bandido por desasirse de su peligroso rival; más éste le abrumaba a golpes.

El miserable, así como sus dos secuaces, no tardaron en rendirse.

—Esta vez—dijo Germán—la victoria se ha decidido en favor nuestro. ¡Corramos a salvar a don Julián!

CAPITULO VI

Las huellas decitales no habían mentido: Era, en efecto Pancho Jims el autor del robo en la finca de don Justo y del asesinato de éste.

A la clemencia de la justicia, debió el miserable no morir en la silla eléctrica: Fué condenado a cadena perpétua junto con sus cómplices y conducida a un presidio de California, donde murió al poco tiempo alcanzado por los disparos que le hizo un centinela al intentar huir.

Don Julián fué puesto en libertad apenas Pancho confesó su delito y, al día siguiente, tomó de nuevo su puesto en la fábrica "La Prosperidad".

Aquel mismo día llamó a Germán.

—Querido Mors—le dijo—. Yo no sé como agradecerle la vida que le debo. Sé que usted no admitirá la menor dádiva.

—Créame—interrumpió el joven doctor— que lo que he hecho vale bien poco si se compara con el premio que espero recibir.

—¿Ah, así?—exclamó don Julián un poco extrañado.

Abrióse la puerta y Araceli, rediente de felicidad, cayó en los brazos de Germán.

—¡Ah!—exclamó el bondadoso González—. ¿Con que, esas tenemos? ¡Bueno, bueno! ¡Lo que es si creen ustedes que les voy a estorbar se han llevado buen chasco!

Levantóse y antes de que la feliz pareja pudiera pronunciar una sola palabra, corrió una cortina que separaba en dos su cuarto de trabajo.

—¡Hola!—dijo a través de la frágil pared—. ¡Están ustedes en su casa! ¡Bésense a su gusto! Yo, con su permiso, voy a empezar a comprobar las cuentas de la pasada semana.

Y comenzó a murmurar monótonamente: Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

—¿Qué cuenta usted, don Julián?—preguntó Germán a través de la cortina—. ¿Los miles de dólares que ha ganado?

Sonrió el buen hombre y con jovial repuso:

—No, caramba, no! ¡Los besos que se están dando! ¡Pero esta vez me parece que me he quedado muy corto en la cuenta!

8 . 19-2-6/8

Biblioteca ENCANTO

Recomendable para la juventud y familias por su interés y moralidad.

TOMOS PUBLICADOS

- 1 *Yo soy como la manzana*, por Clovis Eimeric.
- 2 *Amor que no muere*, por Alonso Vaugneray traducción de Ricardo Prieto.
- 3 *¿Dónde hallar un novio?*, por Clovis Eimeric
- 4 *La venganza del amor*, por Antonio Guar diola.
- 5 *El heroico don Juan*, por Clovis Eimeric.
- 6 *Corazón dormido*, por Ricardo Prieto.
- 7 *Zapato que yo me quito...*, por C. Eimeric.
- 8 *Agua mansa*, por Ricardo Prieto.
- 9 *La novia del asesino*, por Clovis Eimeric.
- 10 *Corazones unidos*, por Pedro Nimio.



Precio: 60 céntimos

El amor en verso

POESÍAS PARA POSTALES

**PARA ELLAS, PARA ELLOS
Y PARA TODOS**

Discretos, declaraciones,
confirmaciones, esperanzas,
realidades, pesadumbres,
alegrías rencores y celos
Felicitaciones de Santo,
cumpleaños y año nuevo

por

Diego de Marcilla

Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

Cubiertas artísticas en tricolor

PRECIO: UNA PESETA